

# JUAN DOMINGO PERÓN: EL HOMBRE SOLITARIO

## El porvenir político de la Argentina está planteado en dos frentes: el católico y el comunista

**J**UAN Domingo Perón ha sido para la política argentina de los últimos doce años como un toro bravo encerrado en un bazar de porcelanas. Ha barrido, limpiado y destrozado cuanto había en los estantes, dejando vacíos los lugares que durante mucho tiempo estuvieron reservados para los partidos tradicionales—conservador, radical, socialista, demócrata, progresista—, y los poderes que movían la vida de la República—la Banca, la ganadería, el comercio y su austero portavoz el diario "La Prensa", de la familia Gainza Paz.

Una revolución militar lo aleja ahora de las tareas de gobierno y abre una incógnita sobre el futuro del país.

En su carta de renuncia, Perón cree que es imposible que exista un hombre capaz de sucederle y delega el Poder en el Ejército. El político audaz y espectacular juega allí su última baza, el militar pone en movimiento las fuerzas de reserva que le quedan, para que le cubran a él y a sus colaboradores la retirada, que significa el exilio y también el eludir un juicio de todo su régimen.

¿O es que cree realmente que el país no tiene sucesor?

La soledad ha sido el gran drama de Perón, como viene siendo de todos los "hombres fuertes" que se han sentido supernombres.

Perón debe ser clasificado en este grupo, pero no como los políticos decimonónicos, sino como uno de los más perfectos representantes de nuestra época, la de los dictadores con el respaldo de las masas, la de quienes, en unas elecciones libres, obtienen la mayoría de los votos, porque los pueblos se ven necesitados de alguien que les conduzca sobre los grandes problemas de nuestra época, en ciertos momentos históricos, con excepcionales concentraciones de poder.

Perón ha sido circunstancialmente intérprete de los anhelos y necesidades de una clase que había estado al margen de la vida política argentina, salvo en el período de Hipólito Irigoyen, y se ha servido y ha utilizado tales deseos y necesidades para sostener su programa de gobierno.

Pero desde el momento en que asumió la Presidencia, el general Perón fué quedándose solo. Reafirmó, por encima de

ros. Y puso en marcha sus planes quinquenales para organizar todos los aspectos y problemas de la nación.

El profesor de la Escuela de Guerra se servía de diagramas y cuadros explicativos para hacer llegar a todos sus oyentes sus planes. El Presidente dedicaba diez, doce y hasta veinte horas a exponer ante el Congreso todo el programa anual. El político hablaba a los dirigentes sindicales diseccionando su esquema de gobierno.

Perón tenía la obsesión del Magisterio y la organización y lo manifestaba en cualquier oportunidad y lugar.

A pesar de ello, al dejar el Poder afirma que no hay hombre que pueda sucederle.

Su drama fué el de no poder eludir el destino de los "hombres fuertes": la soledad.

El hombre de las multitudes de Plaza de Mayo, el Presidente que aparecía siempre sonriendo y rodeado de obreros, de deportistas, de estudiantes, de muchachas, estaba solo.

Uno a uno había ido destruyendo a cuantos en algún momento pudieron hacerle sombra. Fué implacable con sus enemigos, y también con sus colaboradores. Dentro de sí luchaban Mr. Jekyll—el organizador—y Mr. Hyde—el dictador.

Toda su extraordinaria habilidad política—¿quién va a discutir sus dotes extraordinarias en este orden?—fué puesta en juego para dividir a los partidos de la oposición; aumentó las diferencias existentes entre los radicales intransigentes y unionistas; escindió al partido socialista; creó un grupo conservador-peronista para encararse con el que estaba en la oposición, y hasta consiguió crear dos grupos comunistas, uno en la línea del justicialismo y el otro en el bando opuesto (aunque ambos al servicio real del Kremlin).

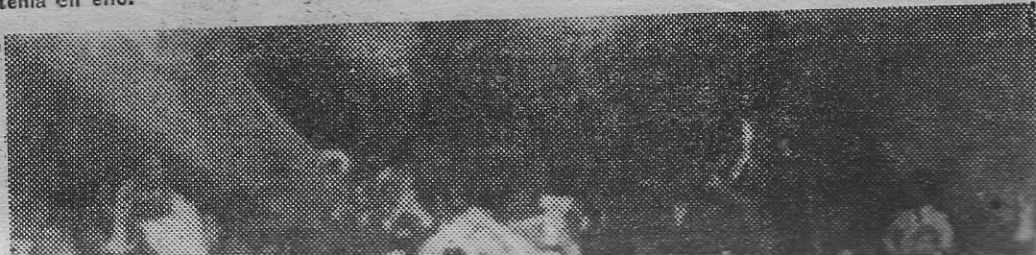
El político Perón se entretenía en ello.

Y aniquilaba a sus amigos y colaboradores en "purgas" silenciosas. Veinticuatro horas eran suficientes, llegado el mo-

mento, para borrar un nombre que durante meses y meses había figurado junto al suyo en todos los periódicos, re-



Arriba, amortajado con la bandera argentina, el cadáver de un marino del destructor "Cervantes" es desembarcado en Montevideo.



**JUAN** Domingo Perón ha sido para la política argentina de los últimos doce años como un toro bravo encerrado en un bazar de porcelanas. Ha barrido, limpiado y destrozado cuanto había en los estantes, dejando vacíos los lugares que durante mucho tiempo estuvieron reservados para los partidos tradicionales—conservador, radical, socialista, demócrata, progresista—, y los poderes que movían la vida de la República—la Banca, la ganadería, el comercio y su austero portavoz el diario "La Prensa", de la familia Gainza Paz.

Una revolución militar lo aleja ahora de las tareas de gobierno y abre una incógnita sobre el futuro del país.

En su carta de renuncia, Perón cree que es imposible que exista un hombre capaz de sucederle y delega el Poder en el Ejército. El político audaz y espectacular juega allí su última baza, el militar pone en movimiento las fuerzas de reserva que le quedan, para que le cubran a él y a sus colaboradores la retirada, que significa el exilio y también el eludir un juicio de todo su régimen.

¿O es que cree realmente que el país no tiene sucesor?

La soledad ha sido el gran drama de Perón, como viene siendo de todos los "hombres fuertes" que se han sentido supernombres.

Perón debe ser clasificado en este grupo, pero no como los políticos decimonónicos, sino como uno de los más perfectos representantes de nuestra época, la de los dictadores con el respaldo de las masas, la de quienes, en unas elecciones libres, obtienen la mayoría de los votos, porque los pueblos se ven necesitados de alguien que les conduzca sobre los grandes problemas de nuestra época, en ciertos momentos históricos, con excepcionales concentraciones de poder.

Perón ha sido circunstancialmente intérprete de los anhelos y necesidades de una clase que había estado al margen de la vida política argentina, salvo en el período de Hipólito Irigoyen, y se ha servido y ha utilizado tales deseos y necesidades para sostener su programa de gobierno.

Pero desde el momento en que asumió la Presidencia, el general Perón fué quedándose solo. Pretendió, por encima de todo, organizar y dar forma y continuidad política a su régimen. En ninguno de sus innumerables discursos falta este objetivo: organización.

—Me he encontrado con un país desorganizado—decía—. Hay que organizar la administración pública, los sindicatos, la economía, la educación, la juventud, la política exterior, el Movimiento Peronista. Así, cuando yo desaparezca quedará mi obra, que nada ni nadie podrá destruir o arrebatar.

Ha sido uno de los jefes de Estado más accesibles. Consagraba varias horas al día a recibir a los obreros, empleados, funcionarios públicos, periodistas, visitantes extranjeros. Y siempre les hablaba del mismo tema: organización.

Trató de organizar eficazmente la administración pública; creó un poderoso aparato sindical, en el que se encuadraron seis millones de obre-

ros. Y puso en marcha sus planes quinquenales para organizar todos los aspectos y problemas de la nación.

El profesor de la Escuela de Guerra se servía de diagramas y cuadros explicativos para hacer llegar a todos sus oyentes sus planes. El Presidente dedicaba diez, doce y hasta veinte horas a exponer ante el Congreso todo el programa anual. El político hablaba a los dirigentes sindicales disecionando su esquema de gobierno.

Perón tenía la obsesión del Magisterio y la organización y lo manifestaba en cualquier oportunidad y lugar.

A pesar de ello, al dejar el Poder afirma que no hay hombre que pueda sucederle.

Su drama fué el de no poder eludir el destino de los "hombres fuertes": la soledad.

El hombre de las multitudes de Plaza de Mayo, el Presidente que aparecía siempre sonriendo y rodeado de obreros, de deportistas, de estudiantes, de muchachas, estaba solo.

Uno a uno había ido destruyendo a cuantos en algún momento pudieron hacerle sombra. Fué implacable con sus enemigos, y también con sus colaboradores. Dentro de sí luchaban Mr. Jekyll—el organizador—y Mr. Hyde—el dictador.

Toda su extraordinaria habilidad política—¿quién va a discutir sus dotes extraordinarias en este orden?—fué puesta en juego para dividir a los partidos de la oposición: aumentó las diferencias existentes entre los radicales intransigentes y unionistas; escindió al partido socialista; creó un grupo conservador-peronista para encararse con el que estaba en la oposición, y hasta consiguió crear dos grupos comunistas, uno en la línea del justicialismo y el otro en el bando opuesto (aunque ambos al servicio real del Kremlin).

El político Perón se entretenía en ello.

Y aniquilaba a sus amigos y colaboradores en "purgas" silenciosas. Veinticuatro horas eran suficientes, llegado el mo-

mento, para borrar un nombre que durante meses y meses había figurado junto al suyo en todos los periódicos, re-



Arriba, amortajado con la bandera argentina, el cadáver de un marino del destructor "Cervantes" es desembarcado en Montevideo.



Un grupo de manifestantes recorre las calles de Buenos Aires después de anunciarse la dimisión de Perón. (Foto Cifra.)

vistas y noticiarios cinematográficos. El rayo fulminante los hundía en los abismos. Así cruzaron como un cometa, para desaparecer, sin dejar rastros, Cipriano Reyes, el dirigente obrero que en las horas iniciales estuvo a su lado organizando la Confederación General del Trabajo; Miguel Miranda, el "mago de las finanzas"; Domingo Mercante, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, que en un tiempo formaba parte de la trílogía Perón-Evita-Mercante, y era la "Lealtad"; así desaparecieron también Juan Duarte, su cuñado; Héctor Cámpora, Espejo, el doctor Ivanissevich, Farrell...

Perón estaba solo, irremisiblemente solo. Hojear hoy un periódico de su primera etapa de gobierno causa la impresión que pasar revista al Politburó de la época de Stalin. Las figuras que aparecen en las fotografías, a su lado, han muerto trágicamente, como Juan Duarte; han desaparecido para siempre del plano político, como Cámpora y Espejo; o están en el bando enemigo, como Bramuglia, el contraalmirante Oliveri y tantos generales revolucionarios.

El organizador deja un vacío gigantesco. Ni siquiera ha logrado vertebrar un partido, porque éste era hasta tal punto su sombra y su instrumento que llevaba su propio nombre. Al refugiarse en una cañonera paraguaya confiesa que ninguno de sus colaboradores es el hombre que pueda sucederle y deja las riendas del Estado a una institución que no fué obra suya, el Ejército.

Los estantes del bazar están vacíos. En las semanas y meses venideros veremos, sin duda alguna, la aparición de nuevos y viejos rótulos. La breve y difícil "etapa de pacificación" propuesta por Perón después del fracasado intento revolucionario del 16 de junio ofreció una floración de partidos políticos y una actividad inusitada de grupos que se movían con sordina en los años anteriores. Es un síntoma de lo que vendrá.

Nuevas fuerzas y grupos han hecho ya acto de presencia, como una reacción cívica frente a las actitudes de máxima demagogia y la política titubeante de Perón en los últimos meses. El núcleo más enérgico de esta reacción, y el que ha comenzado a orientarla, o integran la mayoría católica del país. Desde principios del año en curso la opinión pública argentina ha sido movilizada por los católicos, como no habían logrado hacerlo los partidos políticos en nueve años de oposición oficial. Y las calles han visto la aparición de multitudes que minaban y llevaban a la agonía a un régimen.

Pero esta opinión pública no está aún adecuadamente expresada en el campo político. Se a la paradoja, una más en la vida argentina, de una gran opinión sin enseña política, pero que interpreta los ideales más hondos de la nación.

Hay un gran vacío que no puede ser llenado por los programas de los partidos tradicionales, a no ser que éstos puedan ponerse de un salto a la altura de las nuevas necesidades y problemas. Las promesas electorales de éstos en el periodo anterior a 1943 han sido ampliamente superadas en el

campo social y en casi todos los aspectos de lo económico por el peronismo. El país se ha transformado de arriba abajo por la aparición de nuevas fuerzas—la clase obrera—que antes no estaban en juego y de nuevas estructuras económicas, tales como la industrialización, que rebasa ya el equilibrio de país agrícola-ganadero.

El porvenir político argentino pertenece a la fuerza que consiga colmar este vacío. Es evidente que la fuerza existe y que los católicos han sido sus primeros intérpretes.

Pero ¿cómo se organizará? La democracia cristiana parece una forma que no se ajusta al estilo político argentino. Los grupos que han surgido y que levantan ya los nombres de cristianos como adjetivo junto al de republicanos, sociales o democráticos escogen un camino que puede resultar equivocado y frustrar una gran posibilidad para el país.

La opinión católica ha de tener su expresión en el inmediato futuro político argentino, opinan hoy los observadores en Buenos Aires, pero es preferible que el partido que surja para llenar el vacío sea de inspiración católica, pero no maneje nombres y expresiones que deben ser sagradas y que corresponden a planos más altos que la tarea de resolver los problemas nacionales.

Radicales, socialistas y comunistas pretenderán tomar la bandera de la justicia social que deja Perón. Los teóricos del materialismo histórico habían anunciado que Perón no era más que un pequeño burgués y que su revolución preparaba el camino para el asalto de las masas proletarias. Por eso muchos de ellos, una gran mayoría, de acuerdo con su pensamiento dialéctico y planes perfectamente concebidos, se infiltraron en las filas del peronismo y ocuparon puestos de influencia y confianza en los Sindicatos, en la Prensa, en los organismos del Gobierno. Tal es el caso de Isaac Levenson en la Presidencia del Gobierno, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan Unamuno, etcétera, etc., y Angel Borlenghi.

La clase trabajadora argentina está ya acostumbrada a un lenguaje directo y sencillo y a una dialéctica marxista, que ha hecho fácilmente comprensible para ella la propuesta de estos días cruciales para crear milicias populares.

Si el futuro inmediato se presenta como una floración de numerosos grupos y partidos que responden al anhelo de libertad e incluso hacen posible la aparición de fugaces y minúsculos demagogos, el mañana cercano, por debajo de las bengalas que se encienden en el corazón de la realidad, está planteado en dos frentes con capacidad de atracción: el frente torvo y anticristiano del comunismo y el frente occidental, hispánico y espiritualista de un catolicismo social.

Las espadas seguirán en alto después del armisticio, después de la paz. Y cada argentino se sentirá asediado en su patriotismo y en su inquietud social por los ataques a fondo de las "dos banderas" que tratarán de ganarlo.

La República argentina entrará así en una nueva etapa de su historia.

Armando R. PUENTES

En do  
Argen  
El po

EL HO  
EL HO  
JUAN

septiembre

Madrid,

*Recorrido y...*



Perón (a la derecha) y sus seguidores es-  
tales de un guitarrista.